

Esa maldita melodía

Seguí las instrucciones del campesino y llegué al claro del bosque en el que se encontraba la cabaña. La pequeña choza se notaba añeja, aunque parecía limpia y bien cuidada. Supe que me encontraba en el lugar correcto porque, atado a unas maderas, un hombre moribundo actuaba como espantapájaros del pequeño huerto que había a un lado de la cabaña. Antes de salir de la arboleda, machaqué las hierbas que había recogido por el camino, preparé un mejunje y lo unté en Federica, mi daga. Tras esto, respiré profundamente y caminé hacia la cabaña.

Llamé a la puerta, intentando mantener la compostura. Cuando se abrió, una joven de tez blanca y pecosa, pelo anaranjado y ojos claros apareció ante mí. Era menuda y no muy corpulenta. Al verme en su cara se esbozó una sonrisa y, sin separar los labios, comenzó a tararear una delicada melodía. Me abalancé sobre ella y dejé que Federica se presentara, marcándole el rostro con un tajo. La joven se zafó de mí y, al volver a mirarla, su aspecto había cambiado por completo. En sus manos habían aparecido unas monstruosas garras afiladas como cuchillas, en su espalda se desdoblaron unas enormes alas cubiertas de plumas y su mandíbula era ahora la de una bestia. Continuaba tarareando. Me volví a lanzar hacia ella, sin embargo, se echó a un lado y pasé de largo. Sentí como me desgarraba la espalda y caí al suelo. Me giré, colocándome bocarriba, pero antes de poder reincorporarme la bestia se encontraba sobre mí, hundiéndome contra el suelo. Por el rabillo del ojo, pude ver su

garra derecha dirigiéndose hacía mi cara, pero la frené con ayuda de Federica. No hubo tanta suerte con la izquierda. Noté como el rostro se me inundaba con sangre. Dejé de tararear. Sin pensar, le clavé mi puñal en el estómago, pero no pareció inmutarse y dirigió sus fauces hacia mi cuello. Intenté apartarme, aunque sin suerte, puesto que los horribles colmillos se clavaron en mi trapecio. La pateé con todas mis fuerzas y rodé con el objetivo de levantarme. Sin llegar a erguirme por completo, intenté alcanzar la puerta. Agarré el pomo al mismo tiempo que la arpía me agarró la pierna, clavando en ella sus garras. Me zafé con un tirón dejando parte de mi gemelo en las desmedidas zarpas. La sangre de la cara me impedía ver casi por completo, así que decidí igualar ligeramente la situación lanzando una de mis bombas de pimienta contra el suelo. Se oyó un chillido ensordecedor. Salí cojeando, pero mi pierna no resistió mas y dejó de sostenerme. La bestia salió tras de mí, no obstante, la pimienta parecía haber hecho su función. Sus manos le cubrían los ojos, tosía y maldecía. Traté de alejarme, pero mi cuerpo no respondía. Me arrastré unos metros y dejé de intentarlo. Pensé en hacer una última ofensiva y me entró la risa. Si no podía ni moverme. Con las últimas fuerzas que me quedaban, me orienté hacia la criatura y la miré. Se encontraba de rodillas. Vomitaba y se retorció de dolor. El veneno que había untado en Federica estaba haciendo efecto. Apoyé la espalda en el suelo y perdí la conciencia.

Quando me desperté era de noche. A un lado el cadáver de una joven, al otro el de un espantapájaros. Sin todavía

poder moverme, resoplé y me dije «tienes que cambiar de trabajo».